

52

N° 647

Via Espagne



Señor

Salvador H. de la Plaza

Tienda Honda al Puente

Amérique du Sud

Caracas

Venezuela

1917.11

CONTROLE POSTAL MILITAIRE

Exp: A. Castillo Plaza
88 Bd Port-Royal
Paris



Seans, 28 de junio, 1947

Mi querido Salvador Henrique:

He leído con mucho interés tu última carta en que me hablas con particular sinceridad. Yo tenía mucho tiempo sin escribirte, cuando te escribí esas incoherentes cosas a que te refieres. Hay que ponerse en mi caso para explicarse el retardo de mis contestaciones. Los días van desfilando extraños y extravagantes con una increíble profusión de problemas de toda índole. El tiempo corre así de otra manera y falta a veces hasta la continuidad de la consciencia. La rapidez de la renovación está centuplicada con tantos elementos imprevisos, y entre el sueño de la noche lleno de angustias y las complejidades de cada nuevo día, se debate uno -y a veces estérilmente- por sacar a flote una línea pura de acción y pensamiento. Mal se pueden escribir cartas, y menos aún cartas mesuradas y correctas entre tal bambolear.

Me hablas de tus nuevos entusiasmos del Liceo y de una probable revista, de las conferencias, etc. Sin entrar en crítica radical, que resultaría extraña y desanimadora, me permito aquí y allá algunas observaciones que se me vienen en este momento a la cabeza; desde luego afeando la embriaguez de entusiasmo que los sostiene y sirve para animarles en cierto modo unos días demasiado descoloridos. Yo no sé hasta qué punto tienes tú alma de jurista; en todo caso creo y espero que estarás más cerca que yo de esas razones y de esos latires sociales y -según dices- bienhechores. Todo está bien, digo; y aún independientemente de la materia, el ardor y el trabajo por sí propios bastan para merecer loas.

Me hablas de las nuevas orientaciones traídas por la

guerra. En realidad las que alcanzo desde aquí son más bien pesimistas. Sobre humanidad, me digo, cuya estolidez no puede ser redimida ni por ese derroche continuo de oro, sangre y lágrimas que dura ya tres años. El fondo permanece idéntico: unas mentalidades que piden circo y unas manos tendidas que no tienen la fuerza de ser soberanas. Sobre esa superficie grasienta resbalan todos los idealismos y las gotas de agua clara que caen del cielo tienen que hacerse terrosas para permanecer: el cristianismo para arraigarse en la consciencia de los hombres hubo de trocarse en papas, obispos, curas y milagrosos. Anoto esto de paso sin ninguna animosidad. Eso es sólo la ley de gravedad de los espíritus. Indignarse contra ella es rabiar porque las piedras caen hacia el centro de la tierra. Hay que darse cuenta de eso y tomar una actitud apropiada. Por eso me contenta ver en tu última carta una acentuada tendencia individualista. El mundo no tiene para nosotros más que la realidad de nuestra consciencia. Sólo los cariños y las simpatías pueden aumentar nuestro radio de sensibilidad. Fuera de eso, el resto es sombra y cuerpos con movimientos regidos por leyes que han de conocerse para asegurar la libertad de nuestra propia órbita. Todo -y la guerra moderna con sus consecuencias infinitas- nos desmiente tales concepciones; todo nos predispone al más acentuado individualismo. Más aún para los que carecen de apoyo y de cohesión racionales. Me hablas de los recursos de tu vida interior. Ese es sin duda el camino, pero eso no es todo. El primer período es un estado de crisálida en que la individualidad todavía débil y vacilante se concentra. Todas las religiones antiguas han traducido este período en la vida de sus fundadores: Buda, como Cristo y como Mahoma se intensifican en el desierto para venir luego en pleno mundo a darse en delirios de amor y de calor atesora-

dos en largos días de soledad. A esa época de recogimiento debe pues suceder otra de expansión y de gozo, en la cual se vive con el ritmo fuerte y continuado de la vida interior; de luna se pasa a ser sol y los eclipses para el sol no existen porque mana de él su propia luz. La mariposa rompe la crisálida y así ves los gusanos que abajo luchan por hacerse un capullo o los más que se debaten en roer las hojas secas. Entonces la humanidad sólo puede provocar a desdén o a piedad; la simpatía y la indignación se hacen piadosas y las inarmonías que se palpan y los forcejeos estériles que se sufren, suscitan una comprensiva sonrisa indiferente. Esto es para decirte que la misantropía y el aislamiento, sacando la conclusión de esas afirmaciones, no son aún el individualismo. El individualista se mezcla a todo de una manera fuerte y risueña, como el filósofo de Pitágoras.

Para mí tengo que esa es la norma que encierra a los más diversos individualistas de la historia, desde Cristo hasta Spinoza; desde Sócrates hasta Nietzsche, pasando por el estoicismo; y ni siquiera los grandes inquietos, tales como Bolívar, escapan a esa ley suprema de la emancipación espiritual. Maeterlinck [...] desarrolla el lado sentimental de esta tesis. De él tengo cierta sonrisa benevolente.

Habría que insistir con más amplitud sobre esto; y callarse es falta de claridad para con estas almas que se buscan en silencio. Pero uno es inconsecuente. En resumen: después del repliegue individualista, seguirá por progresos una floración activa y potente, sobre la cual influirá sólo la propia consciencia y tal o cual ley de física -fisiológica o social- que es el tributo que pagamos por la servidumbre de nuestra carne y de nuestros huesos heredada del padre Adán.

Es bueno, pues, trabajar en el sentido de la personalidad y de la emancipación. El "conócete" de los antiguos lo proclama a la par que Zaratustra.

El inconveniente que encuentro a esa revista de Uds. es su estrechez jurídica. No quiere decir esto que haya de caerse fatalmente en la literatura sensiblista y amoratada, no. Pero aparte del Derecho y de [la] literatura puede admitirse -supongo y sin mucho esfuerzo- la asistencia de otras manifestaciones intelectuales: filosofía, historia, pedagogía, sociología general, que lo implica todo desde la antropología, que es geología, biología y zoología, etc., hasta la economía política y la literatura sería misma. Una revista de juventud que se limita a decir tonterías acerca de viejos códigos y sobre leyes de poco más o menos, está condenada al fastidio y a la esterilidad. Además, Venezuela abunda en problemas de toda índole para que el único órgano entusiasta, franco y juvenil (...) vaya a meterse entre viejos papeles mortuorios. Recibido el primer número de dicha revista me permitiré con más tiempo y calma insistirte acerca de eso. Te agradezco (y declino tanto honor) el nombramiento de corresponsal. Yo soy pésimo jurista, y yo no sé para qué hay que releer la eterna lata de P... Para una verdadera revista sociológica, sincera y sin pretensiones, sería quizás menos parco. Pero me temo que resulte ella de la índole de todo lo que viene de por allá: inflado y palabrero; formas frías. Y es una tontería ponerse a clamar en el desierto. Además -lo comprenderás- escribir puede ser una necesidad para mí, pero publicar y publicar cierto idealismo no lo será nunca. Es preciso ver y comprobar ese movimiento de sinceridad y entonces tomo parte; o tratas de provocarlo y esperas la reacción, las

discusiones, etc. En el caso contrario, entras de nuevo en el más suave y desdeñoso de los silencios.

Cuando llego a este punto, un redoblar de tambores me anuncia el estudio que comienza. Me interrumpo porque en estos días reemplazo a un "répétiteur" que está enfermo y me encuentro en el caso un tanto paradójal de enseñar francés a chicas de París. Estas cosas y el ambiente donde vivo desde casi dos meses, van mohoseando mi español que no leo ni practico por lo pronto. Así es que mi carta debe ir jaspeada de galicismos y otros barbarismos por el estilo. Pero para el buen entendedor...

La idea de las conferencias me parece buena, sobre todo para provecho de los conferencistas. Nada digo acerca de la popularidad más o menos extensa de ellas. Yo no creo en el valer de ninguna popularidad; la plebe es materia opaca; no tiene ojos para ver ni oídos para escuchar. Y no me refiero sólo a la gente de alpargatas. Habría que hablar a una docena de videntes, permeables a las manifestaciones de fe y de espíritu. Pero ¿habrá una docena? ¿Y si hubiera sólo once, señor? ¿Habrá once? ¿Y si hubiese sólo diez?... Y hay que poner punto para no ver repetido el doloroso diálogo de Gomerri. Digo doloroso, no porque a mí me duela, que con que me duela mi ánima tengo ya bastante.

Volviendo a las conferencias, habría que hacerlas vitales con lo menos de intelectualidad y de letra posibles. Habría que hablar de fuerza, de personalidad, de orgullo, de desdén, de vida, de Dionisio, en fin, y decirlo sin palabras.

Tengo que reprocharte cierto tono de desesperanza cuando me hablas de tu conferencia. No da uno el resultado que justamente espera, por culpa propia y por culpa del medio. Lo primero es falta de sinceridad integral que no se logra con

sólo buena intención y que constituye la labor más paciente y también la única personal. La culpa del medio se traduce por una completa carencia de método en la investigación. Y el método es todo. Estoy por creer que una filosofía, un sistema, no es más que el engendro de cierto método determinado en movimiento, como el triángulo rectángulo origina el cone. Todo el mundo sabe muchas cosas, casi toda la gente instruída discute y tiene sus opiniones, pero poquisímos alcanzan un sistema general, porque a muy pocos les es dado perseverancia y anhelo para ir entretejiendo nociones aisladas y confusas. Una vez logrado esto por la meditación, la obra vive, y el panorama naturalmente alcanza la magnitud que le procuran sus elementos: la experiencia, el entusiasmo, los conocimientos científicos. Es el secreto de la producción vital: lo demás es mera literatura. Por eso no hay que desanimarse: el método y la perseverancia tienen la importancia capital. Hay que ver trabajar de cerca uno de estos grandes productores intelectuales para comprender esto bien. Ellos tienen, por un trabajo prodigioso, todas las piezas del tablero mental y nada más fácil entonces que, agrupándolas en este sentido, den tal figura u obra y en el otro tal otra. Lo demás es ciencia de salón. Pero allá la gente no comprende a un pensador y lo disminuyen. Y en realidad los genios no abundan. Hay personas espirituales, inteligentes y torpes. Las diferencias estriban casi siempre en un carácter que supo más o menos valorizar las riquezas latentes. No hay que olvidar que Descartes escribió su Discurso para el sentido común. En Venezuela tales afirmaciones parecerían extravagantes: allá donde algunos leen y casi nadie estudia, y los que estudian no lo han aprendido. Pero en verdad te digo, un método, un sistema, son lo esencial. Si fuera yo menos con-

templativo, lo hubiera demostrado. Hoy por hoy la ciencia es como la producción del suelo, un asunto de medios, aparatos más o menos eficaces. Claro que hago excepción para con las obras espirituales. Pero no estoy hablando ni de Don Quijote ni de la Divina Comedia.

Sobre todo esto (...) debería yo insistir al pormenor y precisar todos esos conceptos de método, sistema, etc. No tendría inconveniente si viera que mi esfuerzo no es estéril y si comprobara algunas reacciones favorables o contrarias que me proporcionen interés y distracción. Decírtelo a tí, bueno, con más tiempo y paciencia, ¿pero decirlo a otros? Me falta la garantía del ardor y el interés de esos otros. Sería necesario que yo supiera que si lo que digo es sincero y de algún valor, al menos se me discutiría. Porque la idea de echar semillas en un barranco no me tienta.

(...). Te decía que es preciso que cuando nos esforzamos, se vea al menos la reacción de nuestro esfuerzo. Si no, no es de ninguna necesidad el insistir, puesto que nuestras opiniones viven independientemente de la atención de los demás.

El motivo al que atribuyes mi carta anterior no es precisamente ese. No lo recuerdo bien, pero si sé que no hubo vino entre pecho y espalda. Recuerda un versículo de Los Cantares ("Porque tus amores embriagan más que el vino") y te lo explicarás mejor. En cuanto a tu interpretación, ella me regocija puesto que es sincera.

A Damirón hace tiempo que no lo veo. Vive lejos de nuestra antigua casa y las veces que he ido a París no lo encontré. Parece que él estudia mucho ahora para sus exámenes. Yo no puedo decir lo mismo, porque los exámenes cuestan dos-

cientos francos, y aún cuando yo los tuviera, tendría que pensar antes en mi subsistencia durante los meses de vacante que quedaré en el aire ¡grato y pintoresco vivir!. Que Damirón tenga sentimientos contra tí, o disgusto alguno, no lo creo, al contrario. Si no te ha escrito es quizás porque pensaba hacerlo de manera amplia y distinguida para cuedar a la altura de la opinión que tienes de él. Que concepciones contrarias tienen a veces idéntica manifestación.

De mi vida te diré que es ella un verdadero libro de problemas. Los hay abigarrados y de toda índole: desde los de más sencilla aritmética cotidiana, hasta los más complejos de sentimiento y metafísica. Son las elásticas que se rompen sin repuesto posible y me dejan los pantalones de una psicología colgante; es el tren que no puedo tomar a menudo para ir a París y las vacantes que se acercan; es la mujer que me dió una sonrisa de luz y echó atrás la cabeza que no pude deflorar con mis manos, porque en mis bolsillos era el vacío y que hubiera necesitado al menos unos francos para el automóvil y un amplio himeneo penumbroso; el trabajo que, con ciertas preocupaciones, no alcanza intensidad. Es la guerra y sus problemas crecientes. Es la consciencia, es la inquietud y la angustia de las malas noticias que me vienen de allá. Es un amor que se descolora y algunas simpatías murientes. Es, en fin, todo, en medio de lo cual me esfuerzo en ser sereno y a veces hasta parezco triste, porque Dionisio en mí no triunfa ¡Y mi vida que pudiera ser la más sonora y vibratil!. Me veo condenado a verter en ánforas rotas y descoloridas, dones que me valieran la emoción más plenaria. Permanezco forcejando en la gleba, cuando podría ensayar un vuelo delirante. Porque desde tiempo atrás mis pies se hicieron pesados y

mi empuje perdió vigor. Trato de contrarrestar esos inconvenientes heredados de nuestro medio, pero ese medio mismo puso permiso en mi entusiasmo. Ensayo, pero sé que sólo una circunstancia exterior puede sacarme de esta vida discreta y demasiado apacible. ¿Vendrá ella? Por eso mi vida futura puede ser extraña y tener períodos incomprensibles. Tengo el vértigo de ignorar el camino que sigo en tinieblas. Desesperanzas y desdenes. América me parece una cosa débil y asfixiante. Me desconsuelo cada vez que pienso escribir para América ¿Escribir para Europa? En Europa seré siempre un extranjero. Regresar a Venezuela, por más que sentimentalmente lo deseo, es salir de la arena y yo quiero luchar. Prefiero que me mate una teja en la cabeza, antes que vivir vida de picapleitos. Allí mis inquietudes y ambiciones se irían amodorrando. Terminaría por escribir fioritura en periódicos, para elogio de cuatro mulatos y de algunas preciosas de salón. No, yo prefiero el anónimo, mi fastidiosa calidad de extranjero, la soledad, hasta que los años me plieguen si no he salido a flote, y vaya a dar allá descoyuntado. Hay más, y es que estos problemas que tienen quizás aspecto trágico cuando los escribo, me hacen sonreír a menudo y no sé porqué no me dan empuje suficiente. Muerto Rodó, de quien yo esperaba por una asidua frecuentación, recobrar mi fe perdida en cierto idealismo, muerto Rodó ¿dónde arraigar las esperanzas? Además, el primer escritor de América y un uruguayo aun, para no perecer de hambre hubo de aceptar un puesto de corresponsal de una revista gracieja de Buenos Aires ¡Oh Ariel!

Yo me paro aquí porque voy lejos. Todas estas apreciaciones vagas podrían formar un sistema amargoso. Me detengo, pero ello te explicará más otras razones, ciertas irregularidades

de mi vida, mi silencio de meses, mis cartas imprevistas, etc.

Háblame de tus trabajos y de las esperanzas tuvas y de tú grupo. De lo que te digo puedes guardarte todo lo que pudiera mortificar a mi familia.

Debo escribir a Juancito sobre algunas de estas cosas y sobre otras. Será para otra ocasión.

Yo pienso a menudo en Uds. todos, pero no me gusta decir las cosas incompletas; y ordenarlas y exprimirlas requiere serenidad laboriosa. Prefiero así callarme esperando.

Te diré, pues, con la serenidad habitual, la impresión que me produzca la anunciada revista.

Sé que Juan es también de la banda y está con el jefe Ortega Lima, ciudadano que entre sorbo y sorbo de cerveza hace y deshace de cada tirón más repúblicas que todos los Platonés. ¡Deliciosa juventud de los quijotismos! No hay que blasfemar si esta vida atropellada y cosmopolita ha amellado mi lanza. Yo comprendo y sonrío con todas las simpatías. Por hoy ya es bastante.

Saludos para todos y un buen abrazo de

Antonio Felix

PS. Tan pronto como reciba mi escuálida mensualidad me ocuparé del remedio de Amelia. Esta carta va quizás certificada porque es sincera y a mi me parece que tiene algún interés, al menos para mí. A.F.

Hoy mismo he escrito a mis hermanos y a Miguel Eduardo.